

morras donde los tenia encerrados Barbaroja, por todas partes celebraron la gloria de su gran libertador, y el nombre de Carlos V resonó con aplauso en todos los angulos de Europa.

CAPITULO IV.

Continuacion del reinado de Carlos V. Expedicion sobre Marsella.—Sobre Argel.—Nuevas guerras.—Con Francia.—Con los principes luteranos de Alemania.—Victorias y desastres.—Sitio de Metz.

Se puede considerar la victoria del emperador Carlos V sobre Túnez como el punto culminante de su grandeza y gloria. Los diez y nueve años que llevaba de reinado habian sido señalados todos por prosperidades y ventura. Ningun revés habian sufrido sus armas en los diversos teatros donde habian figurado. La grandeza y poderío de sus mayores heredados, habian adquirido nuevo lustre por sus cualidades personales. Habia sido humillado el rey de Francia, forzado á reconocerle como amigo el jefe de la iglesia, retrocedido delante de sus armas el terrible Soliman, y mantenídose hasta entonces en los límites de su dependencia y homenaje los principes luteranos del imperio. Completaba la victoria sobre Barbaroja esta aureola de gloria que parecia haber puesto el clavo en la rueda de su gran fortuna. Mas no se pára ni se fija nunca esta deidad tan veleidosa, y Carlos V no fué eximido de la ley comun que mezcla con tantos disgustos sus favores. Descendió varias veces de su altura, despues de dicha gloriosa expedicion, y no porque dejase de ser siempre el gran emperador, el primer monarca de su siglo; sino porque comenzó desde entonces á ver destruidas con reveses y sérios desengaños, las ilusiones que no pueden menos de fascinar á los hombres de su clase. Estaban vencidos unos, y otros en suspension de hostilidades: mas ninguno destruido, ni sin esperanzas de

renovarlas cuando se ofreciese coyuntura favorable. Tenia el rey de Francia siempre presente sus humillaciones, y aguijoneado del deseo de abatir á toda costa la gloria de un rival afortunado, se preparaba á todas horas á probar de nuevo la fortuna de las armas. Habia vuelto á renovar su liga con Clemente, casando á un hijo suyo con una sobrina del pontifice: entraba en negociaciones con los principes protestantes de Alemania, y aunque estos no confiaban en la buena fé de un rey que hacia quemar á los nuevos sectarios en París, por precision tenian que aceptar auxilios tan necesarios en su oposicion á Carlos V. ¿Era el Francisco indiferente á las controversias religiosas y obraba en estas tan solamente por política? No es creible. Ni la incredulidad ni el esceptismo eran cosas de aquel tiempo; mas los hombres no obran en todos casos con arreglo á sus principios. Era el rey cristianísimo tan ambicioso como Carlos, y el deseo de hacerle daño, una de sus pasiones dominantes. Si su conducta no era muy católica, tampoco faltarian en su córte, como en todas, diestros casuistas que saben halagar las pasiones, al mismo tiempo que acallar la conciencia de los poderosos.

Confiado el rey de Francia en los sentimientos hostiles de los luteranos del imperio, se atrevió en fin á declarar la guerra á su rival, haciendo dirigir su ejército á Italia que la invadió por el Piamonte.

No manifestó la conducta de Carlos en estas circunstancias el mismo carácter de moderacion que le habia distinguido en otras ocasiones. Entró triunfante en Roma, y se hizo coronar como emperador con toda pompa. En un consistorio celebrado por su orden, pronunció un discurso de quejas contra la conducta de Francisco, pintándola como artificiosa y pérfida, al mismo tiempo que hacia un elogio de la suya propia. Allí le declaró la guerra del modo mas solemne y le desafió á un combate personal, si preferia este modo de hostilidad por ser mas pronto y expedito. Fué el discurso del emperador una especie de amenaza á todos los que presumiesen habérselas con

un soberano de su clase y poderío. No omitiremos la circunstancia de que fué pronunciado este discurso en español, por ser lengua mas grave, (expresiones de un historiador extranjero), (1) lo que manifiesta la preferencia que daba á esta nacion y el papel que entonces representábamos en el teatro de la Europa.

Así, no solo se hacían estos dos príncipes la guerra por los medios ordinarios, sino que se amenazaban, se echaban bravatas, se decían que mentían por la gola y por medio de reyes de armas, y del modo mas solemne se enviaban un cartel de desafio. Había dado el ejemplo el rey de Francia, despues de salir de su prision, llamando á Cárlos por medio de una solemne embajada á un combate singular; mas semejante lid, tantas veces anunciada, jamás llegó á verificarse. Alistó el emperador en Italia un poderoso ejército que se dirigió hácia las fronteras de la Francia. Entre los famosos capitanes que le dirigian, se hallaban el Marqués del Vasto y el que fué con el tiempo tan famoso duque de Alba. Al frente del todo estaba el español Antonio de Leyva que en todas aquéllas guerras se había adquirido tan grande nombradía.

1536. Penetraron los imperiales sin dificultad por la Provenza; mas al querer hacerse dueños de Marsella, experimentaron los mismos reveses que en el sitio anterior puesto por Pescara. Fué su retirada igualmente desastrosa, y no figura poco en ella la muerte del famoso Antonio de Leyva, que mandaba en jefe. Abochornado el emperador del desaire de sus armas, despues de tan pomposa declaracion de hostilidades, dejó su ejército para rehacerse en Italia, y regresó á España. Fué este el primer revés de su fortuna, y fruto de una grandísima imprudencia; si alguna vez formó el proyecto que muchos le suponen, y que no es creible de establecer en Europa una monarquía universal, debió entonces de convencerse de lo quimérico de sus ilusiones.

(1) *Leti vita di Carlo V.*

Hemos visto el modo solemne é inusitado que tuvo Cárlos de declarar la guerra á su rival; el de la contestacion de Francisco fue mucho mas extraordinario. Despues de la evacuacion de la Provenza por los imperiales, celebró el rey de Francia en el parlamento de París, lo que entonces se llamaba un lecho de justicia. Llamó allí á su tribunal á Cárlos de Austria su vasallo, como señor de los Países-Bajos, por haber faltado al pleito homenaje, que como á su superior se le debía, dándole un cierto tiempo para responder de su conducta. A este homenaje había renunciado el rey de Francia por el tratado de París; mas justamente la infraccion de este tratado había renovado las hostilidades en 1527, y provocado aquella nueva guerra. El resultado de la notificacion no podia ser otro, que poner en campaña un ejército de treinta mil hombres, al frente del cual marchó Francisco á la frontera de los Países-Bajos. ¿Impuso algo la farsa de aquel paso extraordinario? Pongámosle en paralelo con el discurso imponente, pronunciado en el consistorio de Roma delante del papa y los cardenales, por un monarca victorioso. Si se podia mirar este por un rasgo de orgullo poco disculpable, no debió pasar el otro sino como el despique de una vanidad pueril que en nada se apoyaba. Cárlos V declaraba la guerra á un enemigo: declaraba Francisco I rebelde á un monarca superior suyo, bajo mas de un título. Y lo que hizo esta farsa mas ridícula es, que no produjo efecto para el soberano, que intentaba el despojo del vasallo. La campaña de los Países-Bajos fué un tejido de vicisitudes varias, sin ventaja para ninguna de ambas partes. El primer ímpetu de los franceses los hizo gananciosos al principio: despues se retiraron, abandonando el terreno conquistado. La guerra del Piamonte continuaba igualmente sin definitivo resultado. ¿Cuál fue, pues, el de una contienda que se presentaba tan reñida? ¿En qué vinieron á parar tanta animosidad, tanto denuesto público, tanto desafio? En que el papa, el rey de Francia y el emperador, tuvieron una

conferencia en Niza (1538) donde no pudieron convenirse. En que el emperador, á regreso á su España desde Italia por mar, tuvo en la playa de Aguas-Muertas otra con Francisco, que en aquellos puntos le aguardaba; que allí conferenciaron, se dieron mil satisfacciones, y ajustaron treguas, tan poco cordiales y duraderas, como las paces anteriores.

¿Qué papel representaba el rey de Inglaterra en estas luchas? Ya hemos indicado que Enrique VIII era casi de la misma edad que Carlos y Francisco, ambicioso como ellos, igualmente despótico en su carácter, obstinado, inflexible y cruel, menos por temperamento, que por no poder sufrir ninguna oposicion á sus caprichos. Poseído de su grande importancia, si no como actor principal, á lo menos en clase de auxiliar, habia adoptado la divisa de, *cui adhereo præst; prevalece aquel á quien me adhiero*, pronto siempre á unirse con cualquiera de las dos partes que le proporcionase mas ventajas. Así los dos monarcas le hacian en cierto modo la corte, y trataban de ganársele. Le vió Carlos dos veces en Inglaterra, trabajando mucho para poner en sus intereses al cardenal Wolsey, que era entonces su primer ministro. Francisco tuvo con él la primera entrevista, en el campo llamado del Paño de oro, por el lujo y magnificencia que en las fiestas á que dió lugar, se desplegaron. Mas el rey de Inglaterra, á pesar de su divisa, influyó muy poco en el resultado de las contiendas de los dos rivales. Al principio se inclinaba á Carlos; propendió despues hácia Francisco; sea por sus proyectos de repudio de su mujer Catalina de Aragon, tia de Carlos, sea porque le instigase á ello el cardenal Wolsey, irritado porque el emperador le habia faltado á su palabra, de apoyarle en sus pretensiones á la silla pontificia. Con el tiempo, habiendo sobrevenido la muerte de aquella reina, se acercó mas á Carlos; mas al momento de esta tregua de que hablamos entre este príncipe y Francisco, habia permanecido casi en completa actividad el rey de Inglaterra,

sea por falta de medios, sea que la ostentacion de poder le halagase mas que su ejercicio.

El negocio de los príncipes protestantes se presentaba cada vez mas espinoso para Carlos V.

Hemos de ver que por mil razones debia de sentirse inclinado á extirpar para siempre lo que como católico le escandalizaba, y como emperador le deprimia. Mas sus medios no correspondian á sus intenciones, y su situacion era sumamente embarazosa como la del que quiere conciliar extremos que se contradicen y se excluyen. Por una parte se quejan los luteranos de su intolerancia; por otra le acusaba el papa de contemporizar con ellos y de favorecer secretamente sus doctrinas: por la otra el rey de Francia buscaba siempre la alianza de estos príncipes que se mostraban cada vez mas exigentes consolidando la liga que se conocia con el nombre de Smalcaldica. Para contrarrestarla Carlos, formó otra con los príncipes católicos, medida que intimidó á los protestantes. Quizá se hubiese aprovechado el emperador de tan favorable coyuntura; mas por una parte la insurreccion de las tropas en Italia por falta de pagas, por la otra la de Gante, le hicieron ver lo precario de su autoridad, y lo poco que la solidez en el poder correspondia con la vasta extension de sus dominios.

1540. Las tropas de Italia volvieron pronto á su deber; mas se presentó el asunto de Gante tan sério, que exigia nada menos que la presencia del emperador que se hallaba entonces en España. Hasta aquella ocasion habia hecho siempre su viaje á los Países-Bajos, Italia y Alemania, sin tocar en Francia; mas ahora, sea por lo avanzado de la estacion ó por falta de preparativos, pidió Carlos permiso á Francisco para pasar por sus dominios. Si pareció la peticion extraordinaria, se tuvo por sumamente generosa la condescendencia del de Francia. ¿De qué parte estuvo la mayor grandeza de alma? ¿De Carlos que se puso en brazos de su rival, ó del rival que le daba un hospedaje tan magnífico? En

el primero hubo sin duda mas valor, pero tal vez una gran falta de prudencia. Es probable que en algunos momentos se arrepintiese de haber dado este paso, aun en medio de tanto festejo y regocijo. Que no faltaron por una parte temores, y por la otra muy fuertes tentaciones, es histórico. Francisco pidió á Carlos en París la investidura del Milanesado, y la facilidad con que la otorgó el emperador, daba á entender que cuidados mas fuertes le ocupaban. En fin, salió salvo de Francia con las mismas muestras de amor y de respeto que á la entrada, y pudo acudir á sofocar la insurreccion de que hablaremos con mas extension en la historia de su hijo.

Cuando se hallaba el emperador en Alemania de vuelta de esta expedicion negociando asuntos de imposible arreglo con los protestantes del imperio, bajó Soliman por segunda vez á Hungría. Jamás se habia visto tan comprometido ni tan pronto á una invasion el territorio del imperio. Todos aguardaban que el emperador allegase fuerzas para imponer á un adversario tan terrible; por lo mismo causó asombro el verle hacer preparativos serios para una expedicion sobre Argel, y que él mismo se iba á poner á su cabeza.

¿Habia concebido este proyecto Carlos V por no medirse frente á frente con el turco? ¿Le llevaba la idea de distraer las fuerzas de éste para socorrer al dey? No le pareció bastante seria la invasion de Soliman para distraerle de un proyecto concebido de antemano? De todos modos parece que la expedicion fue reprobada por su consejo; mas no por esto dejó de llevarse á cabo por fuerzas de mar y tierra formidables. Mas de veinte mil infantes y dos mil caballos se embarcaron en Génova con el emperador á la cabeza en las galeras de Doria, sin tener en cuenta las instancias de este veterano, para que no saliese al mar en una estacion desfavorable.

1541. Pocas expediciones mas desastrosas que las de Argel por Carlos V nos refiere la historia. En la travesía experimentaron una fuerte tempestad; despues de

desembarcados con grandes trabajos y mayor exposicion, padecieron en el campamento y discurso de la noche un tremendo aguacero que los dejó como en medio de un pantano. Un huracan dispersó la escuadra, haciendo estrellar una gran parte de los buques contra las rocas de la costa. Sin poder combatir, sin poder embarcarse, expuestos á perecer de hambre y de miseria en aquellos campos anegados, tuvo la expedicion que retirarse por tierra para embarcarse en seguida en algun punto mas retirado de la costa, lo cual verificó al fin despues de mil desastres. El emperador, que en la primera expedicion de Túnez habia dado á todos ejemplos de valor, se mostró en esta un modelo de sufrimiento, de magnanimidad y de constancia. Participó de todas las privaciones, de todos los peligros, y la historia le debe la justicia de que no abandonó la tierra firme de la costa hasta que vió á los suyos todos embarcados.

No deberemos omitir, hablándose de esta expedicion de Argel, que se halló en ella de voluntario el famoso Hernan Cortés, sin que el conquistador de un vasto y rico imperio para la corona de Castilla fuese consultado para nada, ni llamado á los consejos. Al retirarse la expedicion, propuso que se le dejase al frente de algunas tropas, con las que prometió hacerse dueño del pais, mas no fue escuchado.

Natural era que de este desastre del emperador se aprovechase su rival, enojado de nuevo, porque aquel no le habia cumplido la palabra de la investidura del Milanesado, y en quien todos sus amigos motejaban de credulidad y falta de prevision por dejarse engañar de su enemigo. Un pretexto necesitaba para hacer la guerra; mas cuando hay buena voluntad se encuentran pronto. Las fuerzas que en esta nueva guerra presentó en campaña fueron formidables. Cinco ejércitos se alistaron para atacar las fronteras de los estados del emperador, que aunque menos preparado, no se descuidó en tan grave coyuntura. Por esta vez se alió con el rey de In-

glaterra, mientras el de Francia no tuvo reparo en hacerlo con los turcos. Esta monstruosa liga con los enemigos tan terribles de la cristiandad, fué mirada entonces con horror, y es una mancha verdadera en la memoria de Francisco. El famoso Barbaroja se presentó en Marsella, y se trató hasta de edificar en aquel puerto una mezquita para el uso de los mahometanos. Mas el rey de Francia los despidió de sus estados, cediendo á los clamores de amigos y enemigos.

1543. Los habia elevado contra él en una dieta Carlos V, acusándole de enemigo de la cristiandad, y halagando por entonces á los electores, aumentó sus fuerzas, y se proporcionó dineros para hacer la guerra. ¿y qué resultados produjo este nuevo rompimiento de hostilidades que tan tremendo parecia? Ninguno positivo y de importancia. Lidiaron los ejércitos con fortuna varia por una y otra parte. Consiguieron los franceses ventajas en la frontera de España, y que perdieron: sufrieron desastres en la campaña de Italia, que repararon con la victoria obtenida en Cerisola. Consiguió ventajas muy importantes Carlos V, que mandó en persona el ejército de los Países-Bajos. Entró en Champaña; se apoderó de Saint Dizier y otras plazas; llegó á dos leguas de París, mas por falta de víveres se vió en la precision de retirarse. En cuanto á los ingleses, se apoderaron de Boloña y no pasaron adelante. A fuerza de cansancio, y cuando ya no podian mantener sus fuerzas en campaña, se terminó la guerra con la paz de Crespi, en la que no salió gananciosa ninguna de ambas partes.

1545.—1547. Fué esta la última guerra que hizo el rey Francisco. Cuando se hallaba seriamente ocupado en nuevas alianzas con los protestantes del imperio, le cogió la muerte, sin ser viejo todavía. Gran papel hizo este príncipe, y un nombre distinguido ocupa en la historia de su tiempo. Mas valiente caballero, que entendido capitán, dotado de mas brillo que de solidez, tan ambicioso ó quizá mas que Carlos V, se quedó muy inferior á su rival en pruden-

cia, en habilidad, en aplicacion á los negocios, en conocimiento de los hombres, en cuantas prendas constituyen á un rey de accion y de consejo. Obraba por arranques de impetuosidad, por llamaradas de pasion que se apagaban pronto; en lugar que en el otro habia un cálculo de accion, un pensamiento fijo que predominaba en sus acciones. Con muchos menos estados que los de Carlos V, pudo hombrar con él de igual á igual; porque los suyos eran compactos, y formaban un todo sin intermision, en lugar que los del otro estaban tan esparcidos, y eran tan heterogéneos. Así como excedia á Carlos V en brillantes cualidades personales, tenia la desventaja de ser mas dissipado, mas amigo de placeres y de vicios. En cuanto á sus principios religiosos, quemaba y hacia perécer con otros suplicios á los protestantes, en París y otras partes, mientras se asociaba con los protestantes de Alemania y con los turcos. Mas ya hemos hecho ver que hay casuistas hábiles que saben conciliarlo todo, y acallar la voz de las conciencias.

Con su muerte no se extinguió en Francia el espíritu belicoso que la animaba contra Carlos. Su sucesor Henrique II heredó igualmente su ambicion; mas no se declaró al momento, dejando tiempo al emperador para entender en los negociós graves, relativos á los príncipes luteranos del imperio.

Analizar todas las negociaciones, controversias y disputas que estos asuntos motivaron, no es de este momento. En mas detalles entraremos, cuando nos ocupemos de las disputas religiosas que hacen tan gran papel en este siglo. Como las de los príncipes con el emperador eran de un doble carácter, nos ocuparemos tan solo del político. Los príncipes protestantes eran fuertes por la union, y como tales se mostraban exigentes. A conservarse en esta actitud cuando llegaron á declararse en lucha abierta contra el jefe del imperio, hubiesen dado la ley; mas esta falanje duró poco. Ya hemos visto que en los grandes conflictos del emperador, le au-

xiliaban con sus fuerzas , pudiendo sin duda mas en ellos el sentimiento de alemanes , que el de sus intereses y controversias religiosas. Por otra parte reinaban entre ellos las rivalidades que son frecuentes , y abren tanto campo á los que saben explotarlas. El príncipe Mauricio de Sajonia que ambicionaba los Estados de su primo el elector se aprovechó de la ocasion y tuvo la habilidad de dividirlos. Cuando debian entrar en accion , se habia disipado ya la liga , quedando el elector y el landgrave de Hesse como solos en la arena. El emperador , que á fuerza de mostrarse inflexible contra sus pretensiones habia desarmado á los demas , cayó sobre estos príncipes , y los derrotó completamente en la batalla de Muhlberg , quedando prisionero el elector , á quien privó de sus estados , quedando dueño de ellos el príncipe Mauricio.

Fue el elector de Sajonia tratado con la mayor dureza , y hasta condenado á muerte , por resistirse su mujer á entregar á Magdeburgo , sitiado por los imperiales ; mas no llegó á ejecutarse la sentencia. El Landgrave que se sometió asimismo al emperador , fue recibido con todas las muestras de rigor , precisado á pedir de rodillas su perdon , quedando al fin cautivo como el de Sajonia. A donde quiera que se movia el emperador , le seguian estos dos príncipes en estrecha prision , sin que los ruegos de los principales personajes del imperio pudiesen aplacarle. Severo entonces , en proporcion de lo conciliador y flexible que se habia mostrado en otros tiempos , se conducia como un dictador con amigos y enemigos. Lo quiso ser hasta en materias de conciencia , estableciendo en Augsburgo (1548) , un formulario de doctrina interin el concilio no dirimiese completamente todas estas diferencias protestantes ; pero no por esto se mostró con ellos menos inflexible. Con la misma energiase mostró protector del concilio de Trento contra el cual la Francia misma protestaba ; mas mientras el emperador fascinado acaso con su prosperidad , se creia omnipotente en Alemania ,

se aglomeraba sobre su cabeza una tempestad , que disipó del modo mas cruel sus ilusiones.

1551. El príncipe Mauricio que se le habia mostrado tan adicto y tan sumiso , que con sus intrigas le habia contribuido tanto á su triunfo de Mulhberg , alimentaba contra él una enemiga tanto mas terrible , cuanto la habia cubierto siempre con el velo del respeto mas profundo. Satisfecha su ambicion con los despojos de su pariente el elector , aspiró á la gloria de ser campeon de la causa que habia anteriormente abandonado. Ningun medio omitió de ocultar sus intenciones al emperador , mientras intrigaba en secreto con los protestantes , y entraba en alianza con el rey de Francia. Por complacer á Carlos , adoptó sin ninguna repugnancia el *interim* , y envió un representante al concilio. Cuando tuvo maduros ya sus planes , se atrevió á pedir al emperador la libertad del Landgrave , tomando asimismo el nombre de los otros príncipes. Eludió Carlos la súplica , y aunque este paso fué objeto de alguna suspicacia , supo Mauricio disiparla , redoblando sus obsequios y protestas. No solo engañó al emperador , sino hasta sus avisados consejeros , y entre ellos al obispo de Arras , tan conocido despues con el nombre de cardenal Granvela. Seguro ya de sus aliados y del rey de Francia , se declaró Mauricio jefe de la liga protestante , y aquel monarca en guerra contra Carlos. Se hallaba entonces éste sin ejército , y consternado con una novedad que tan cruelmente habia burlado á su prudencia , retrocedió delante de un rival muy superior en fuerzas. Mientras éste le perseguia sobre Inspruch , avanzaba Enrique con su ejército , y se apoderaba de las plazas de Metz , Toul y Verdun en la Lorena. Jamás se habia visto en un conflicto mas cruel un monarca , que hacia pocos dias se consideraba omnipotente. No hubo mas remedio que ceder á la ley de la necesidad , ó verse prisionero en manos de Mauricio. Dió libertad al elector de Sajonia , y al Landgrave ; y por el tratado de Passau , que ajustó con los príncipes protestantes , se les concedió el libre ejercicio

de su culto. Los luteranos no llevaron mas allá sus exigencias, y prometieron sus auxilios contra el turco. El rey de Francia no fue incluso en el tratado; pues Mauricio, satisfecho ya su objeto, no cuidó mucho de los intereses de su nuevo amigo, que tal miraba con diversos sentimientos.

1552. Se preparó, pues, Carlos para esta nueva guerra, y entró en campaña con fuerzas formidables. Al frente de cincuenta mil hombres, segun dicen los historiadores, emprendió en persona el sitio de Metz, uno de los hechos de armas mas célebres del tiempo. Mandaba la plaza el duque de Guisa, y las tropas sitiadoras bajo las órdenes del emperador, el duque de Alba, que habia ganado la batalla de Muhlberg. Se estrechó el cerco con vigor: ademas de la gloria personal de Carlos, estaba en juego la de dos grandes capitanes, el uno ya muy célebre, y el otro que aspiraba á serlo por este cerco tan reñido. Pudo mas la obstinacion, el valor, y si se quiere la superior habilidad de los de dentro, que la impetuosidad de los de fuera. Se declararon enfermedades en el campo del emperador; la inclemencia de la estación hizo de mas difícil reparo la falta de víveres; y al fin se vió Carlos reducido á levantar el sitio, con la mortificacion que puede suponerse. Con este motivo se le atribuye el dicho: «Bien se conoce que la fortuna, como dama cortesana, favorece á los mozos, y se cansa de los viejos.» Fué tan desastrosa la retirada, como la de hacia doce años, delante de Marsella.

Y con ese hecho de armas concluirán los apuntes sobre el reinado de Carlos V, que creimos necesarios, para entrar en el del hijo. Despues de este sitio tan famoso se hizo otra campaña en los Países-Bajos, en que los imperiales se apoderaron de las plazas de Terouanne y de Hesdin y de la de Renty, los franceses. La guerra terminó por entonces con una tregua, último tratado que hizo Carlos V; mas la renovacion de las hostilidades pertenece al reinado de Felipe. En él referiremos estos últimos acon-

tecimientos; lo que pasaba entonces en Italia y la abdicacion de Carlos V, digno desenlace de uno de los dramas mas célebres en los anales de la especie humana.

Por lo poco que vá dicho, se vé que Carlos V por su actividad, por su aplicacion á los negocios, por sus otras cualidades personales no fué indigno del alto puesto á que le habia elevado la fortuna. Se puede decir que nació, vivió y dejó de reinar, siendo el primero de los monarcas de su tiempo. Que no aspiró nunca como algunos lo suponen á la monarquía universal, se puede creer de su buen juicio, de su experiencia, del conocimiento de las cosas y los hombres. Señor de tantos estados diversos, tan separados por la naturaleza, como por su índole, supo hacerlos á todos instrumentos de grandeza. Sus frecuentes viajes manifiestan la gran atencion que daba á los negocios, y su conviccion de lo que la presencia de un príncipe entendido vale en ciertas circunstancias. Sin merecer el nombre de gran capitán, figuraba con dignidad y como correspondia á su alta clase al frente de sus tropas. El tinó con que sabia elegir sus generales, honrarlos, animarlos y premiarlos, muestra su gran habilidad y conocimiento de los hombres. Igual tacto manifestó siempre en la designacion de los demas grandes funcionarios del estado. Ninguno de sus servidores le fué infiel, y solo tuvo la habilidad, que se puede llamar perfidia, de engañarle el príncipe Mauricio. La segunda mitad de su reinado no fué tan próspera como la primera; mas no puede tampoco llamarse absolutamente desgraciada. Acostumbrado á tantos halagos de la suerte, precisamente sintió mucho sus rigores. La desastrosa expedicion de Argel, la retirada de Marsella, la huida delante del príncipe Mauricio, y el desaire de sus armas en el sitio de Metz, debieron de ser para él disgustos muy amargos; mas supo conservar grandeza de alma en sus desgracias. Lo que perdió, supo repararlo, y ningun tratado de paz le fué desventajoso. Para otro lugar reservamos mas pormenores sobre el carácter de este príncipe, comparado con su siglo: por ahora nos